



Dominó

Yanet Acosta

Cada uno tiene su refugio y el de Laura estaba en el punto en el que el expositor de una pescadería se convertía en una barra de bar en el mercado de la Llibertat. Al borde de los 40, tenía la certeza de que su vida de éxito sólo estaba empañada por la ausencia del que siempre elige mal. Cuando estudiaba la carrera de Derecho, parecía que todo vendría rodado: despedida de soltera con sus amigas de la Universidad, boda con su novio de la adolescencia, trabajo fijo, carrera brillante, hijos, coche de alta gama, piso y casa en la playa y en la montaña. La vida de la hija de un arquitecto y una diseñadora, de la nieta de un botiguer que su-

frió la Guerra Civil española y que en lugar de huir a Francia, se quedó en la prisión de una vida bajo la dictadura franquista. Un hombre que centró su lucha en la espera silenciosa mientras vendía relojes con los que contaba el tiempo que faltaba para poder abrir la botella de Dom Perignon y escuchar “Ya soc aquí” del President legítimo de la Generalitat. Y Tarradellas volvió del exilio, pero 13.870 días después, con sus 332.880 horas y sus 19.972.800 segundos.

Para Laura el tiempo también pasaba con sus horas, minutos y segundos, pero sin la expectación de un sueño por realizar. Y llegó el último examen de la carrera. Nunca lo aprobó y la primera pieza del dominó cayó.

Una noche, después de muchas cervezas, lo vio. Su novio de la adolescencia besaba a otra en el fondo del bar. Y otra pieza de ese dominó manoseado que heredó se derrumbó anunciando la inevitable caída en cadena.

Poco tiempo después, la fotografía se le cruzó en forma de un guapo cámara que le hizo creerse artista y bohemia. Viajar y tomar fotos podría ser la forma de hacerse valer. Pero el viaje fue hasta la calle San Cristòfol en el barrio de Gracia en horario de 10.00 a 22.00 en una tienda de fotografía.

Su madre entró una vez a lágrima viva en la tienda y le dio un sobre para que dejara de ser una simple dependienta y aprobara la última asignatura. Pero habían pasado demasiadas horas, minutos y segundos para detener la caída de otra ficha más del dominó.

Una mañana, mientras reproducía un poster de parásitos, entró Pablo con el casco de la moto en la mano y camisa de cuadros. Esperó a que terminara su turno y se fueron a tomar algo a Quimet, un bar más auténtico que la gente que lo frecuenta.

De una copa a la otra y de la moto a casa. Y del noviazgo al matrimonio. Los primeros gritos los achacó a la pasión. Los primeros desprecios, a los celos. El primer golpe, al alcohol. La primera violación, a su falta de deseo.

En su refugio de la barra del bar de la pescadería, Laura se dijo que no volvería a pasar y pidió otra copa de cava. En una servilleta intentó escribir lo que tendría que buscar de un hombre para la próxima vez, pero no se le ocurrió nada. Entonces se lamentó de haber descuidado a su primer novio, de no haber aprobado aquella asignatura y de no haber aprendido a jugar al dominó que le regaló su abuelo.

Un dominó igual de viejo que el mercado, que fue inaugurado en 1888. Cuando era pequeña su padre le había contado la historia del arquitecto que lo ideó, Miquel Pasqual i Tintorer y cómo Francesc Berenguer le había puesto “esa decoración modernista”. A su padre no le gustaba, pero a ella, le fascinaba perderse en

los hierros retorcidos de la cenefa que rodea el tejado. Ella veía piernas entrelazadas de las chicas de un cabaret que invitan al baile en cadena y, en el escudo, un ramo de flores que alguien tiró a las bailarinas. Y se lo contó.

- Eres una perfecta imbecil –le dijo su padre-. Así no llegarás a ningún sitio.

Y cruzó la calle sin darle la mano, mientras la niña ahogó las sílabas en su garganta para llamarlo, porque sabía que no vendría.

Ahora, con el padre ya muerto de un cáncer de colon, tomaba la tercera copa de cava en la barra de esa pescadería que la hacía sentir de cara al mar, al de los que trabajan cada día con cajas de boquerones, lenguados y merluzas. Y volvía a sentir cómo se atragantaban las mismas sílabas de la infancia en la garganta. Laura empezó a toser y un señor de bigote y con un café sentado a su lado le dio unas palmaditas en la espalda.

- Està bé?

- Si, moltes gràcies.

El gesto de aquel hombre la tranquilizó. Tenía que dejar esa partida de dominó, provocar el cierre para que la otra pareja ganara antes de quedarse con el doble seis ahorcado. Pero se sabía vagabunda sin partida, enganchada al vértigo de la caída de cada una de las piezas.

El mercado se levantó sobre una plaza donde los campesinos vendían sus mercancías y Laura podía incluso oír sus gritos anunciándola. Y en este ensueño se lanzaba a la ilusión absurda de haber sido hija de agricultor, cercana a la tierra, con una vida simple en la que apreciar simples cosas.

Laura volvió su cara al señor del bigote. Era de mediana edad, casi como la que tendría su padre si viviera. Él le sonrió y ella le correspondió. Le pareció reconocerlo, quizás del propio mercado. Y preguntó:

- ¿Trabaja en el mercado?

- Sí, tengo una cansaladería.

Laura dio un nuevo trago sin saber qué más decir.

- ¿Y usted?

- Aquí al lado, en una tienda de fotos.

- Soy Pep.

Laura se presentó y le tendió la mano con timidez y comenzó la conversación esperada sobre cómo iba el negocio, pero él quiso saber más de ella, de su familia, de dónde vivía. Y ella habló de su padre arquitecto, aunque Pep parecía saberlo todo.

- ¿Lo conocía usted?

- Más de lo que te imaginas, fuimos compañeros en el colegio.

Laura sonrió y descubrió un guiño de complicidad. Pep le habló de su vida, de su puesto. Trabajaba en él desde el 20 de octubre de 2009, cuando se reabrió el mercado. Lo decidió tras un despido. Una nueva vida, amable, entre clientes y carne. La conversación fluía, también, amable. Hasta que sonó el grito de Pablo como el motor de su moto:

- ¿Se puede saber qué haces? Llevo horas esperándote...

Tiró del brazo de Laura y echó abajo otra ficha más, la que mantenía en pie en ese refugio y en esa conversación que no sabía si podría volver a recuperar.

- Eres una alcohólica.

Y otra ficha cayó. Hay palabras que hieren con la potencia de un puñetazo en toda la boca.

- Espérame fuera, por favor. Enseguida voy, en cuanto pague.

- Ni en bromas, aprovecharás para tomar la última con cualquiera de éstos.

Laura bajó la cabeza y percibió la mirada de odio que le lanzaba Pep a Pablo. Intentó sacar el dinero del bolso, pero Pablo lo impidió sacándola a rastras. Pep hizo un gesto al camarero con el que entendió que eso corría por su cuenta. Con otro gesto detuvo a Pablo y juntos desaparecieron por la puerta de atrás del mercado.

- La careta de cerdo es una de las especialidades de la cansaladería. Con mongetes o sola con tomate le va a quedar fenomenal –explicó Laura con amabilidad a una cliente.

Con esmero y una sonrisa cerró el paquete. Y en un susurro se repitió las sílabas que hasta entonces siempre había ahogado: Lli-ber-tat.

Ilustración: Pablo Moncloa

